

EL IMAGINARIO ÁRABE EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA. REPRESENTACIONES DE LARGA DURACIÓN, SIGLOS XVI-XIX.

Jorge Chauca García
Personal Docente e Investigador
Universidad de Málaga

Como bien sabían los clásicos grecorromanos, Cronos y Gea son los ojos de la Historia. El marco temporal es ambicioso y abarca desde 1492 hasta 1898, esto es, toda la época virreinal de la América hispánica e Hispanoasia. Un ejemplo de larga duración braudeliana, de la segunda generación de la Escuela de los Annales. El escenario espacial es aún más colosal, por ello precisa un límite y ajuste en su desarrollo.

Junto a los aspectos históricos, la dimensión sociocultural juega también un papel relevante. Edward W. Said, autor de la celeberrima obra *Orientalismo*, dejó por escrito una aguda reflexión en la posterior *Cultura e imperialismo*, al hablar de las imágenes del pasado: “Lejos de constituir entes unitarios, autónomos o monolíticos, las culturas en realidad adoptan más elementos foráneos, más alteridades o diferencias de las que conscientemente excluyen”. Así es, desde que el Homo habilis habitó la garganta de Olduvai, en Tanzania, nuestra historia es una historia de migraciones, de confluencias e influencias más o menos exitosas.

Para el caso de la América hispana, resulta muy difícil detectar la presencia de moriscos en el virreinato peruano, por ejemplo, pues la mayoría cambiaron sus nombres. Así lo señala acertadamente el gran historiador peruano Guillermo Lohmann Villena. Los que llegan a Indias, en su mayoría, pertenecen a grupos sociales marginados. Minorías como los esclavos, y fundamentalmente mujeres. Es sumamente complicado hacer un balance cuantitativo, pero se calcula que no superaron el 10-15% las féminas en total que pasaron a Indias. Ellas y ellos no suscitaron el mismo rechazo que la minoría conversa, a pesar de ser marginados.

Pero también hubo ejemplos posicionados en el ángulo opuesto de la fortuna, aunque la forma más común de entrar en América fue en condición de esclavos. Sirva el ejemplo de Cristóbal de Burgos, uno de los hombres de Cajamarca en 1532. O de doña Beatriz de Salcedo, morisca, quien según el historiador José Antonio del Busto Duthurburu llegó al Perú en el mismo año inicial como esclava bajo el nombre de

Beatriz. Concubina del veedor de Francisco Pizarro, García de Salcedo, terminaron contrayendo matrimonio y participó activamente en los sucesos de Cajamarca, inicio del final del Tahuantinsuyu o imperio de las cuatro regiones. Incluso sostuvo cierta amistad con las hermanas y mujeres del Sapa Inca Atahualpa. Se encuentra cierto paralelismo andino con la Malinche en el mundo mexicano. Del siguiente modo narra el episodio en primera persona: “Porque fui la primera mujer que entró en este reino, en Cajamarca, estaba yo con ellas y las trataba y conversaba. Que este testigo lo sabe bien porque estaba y residía muchas veces con ellas. Vivía con ellas porque las cuidaba de que no vivieran con los hombres de la hueste”.

Resulta imposible calibrar con fortuna la presencia cuantitativa de los moriscos en Indias, un teatro de engaños, movilidad y nombres cambiantes en la nueva frontera. La antroponimia intenta explicar la gran diversidad de formas de nominación, pero como dijo el historiador Roberto Fernández, América fue un laboratorio; también un caldero, en acertada palabra de Gastón Baquero (*Indios, blancos y negros en el caldero de América*). Hoy reconocida como la primera globalización.

Sin embargo, el elemento cultural es más identificable, aunque no goza de muchos estudios al respecto. La propia lengua castellana y la notoria influencia árabe en su configuración y vocabulario, que se verá asimismo abierto a múltiples americanismos de todo aquello exótico, ajeno, desconocido a los ojos europeos. La arquitectura, el arte en general y otros elementos como la gastronomía o la literatura fronteriza son buen ejemplo de sincretismo cultural añadido al mestizaje biológico como señas de identidad de lo americano.

Y todo ello en un mundo adverso en la teoría. Baste citar al gobernador de La Española, Nicolás de Ovando, en fecha tan temprana como 1501: “por cuanto nos con mucho cuidado habemos de procurar la conversión de los indios a nuestra santa fe católica; y si allá fuesen personas sospechosas en la fe a la dicha conversión podría ser algún impedimento, no consentiréis ni daréis lugar que allá vayan moros, ni judíos, ni herejes, ni reconciliados, ni personas nuevamente convertidas a nuestra fe”. Posteriormente, desde Carlos V en adelante se prohibiría tal trasvase.

A pesar de ello, y como siempre la realidad difiera de la teoría, hubo un Nuevo Mundo para los moriscos y sus esperanzas de una vida mejor y más libre, como todas las migraciones que en el mundo han sido.

Convertidos al cristianismo los otrora musulmanes, dejaron huella en las Américas. Tuvo que ser poderosa si contemplamos cómo la Corona solicitaba la

colaboración de los obispos de Santo Domingo, México y Lima para que “tengáis muy gran cuidado y advertencia de nos informar y saber si allá ha pasado o hay algunos luteranos, moros o judíos” (Cedulario de Encinas).

Lo numeroso de las Provisiones Reales que explícitamente prohibían durante el siglo XVI y principios del siguiente su llegada, no pudo contener a inmigrantes ilegales que escapaban del exhaustivo control que intentaba contener la llegada de gentes de cultura islámica a las nuevas tierras. En una Real Cédula del emperador para la Nueva España de 1543 se dice: “Sepades que nos somos informados que a estas partes han pasado e cada día pasan algunos esclavos y esclavas berberiscos, e otras personas libres nuevamente convertidos de moros e hijos de ellos, estando por nos prohibido”.

María Ángeles Pérez Álvarez, de la Universidad de Extremadura, aporta más ejemplos dignos de estudio.

* * *

Pero nuestro punto de atención se centra en los imaginarios y representaciones. Lo imaginario social produce imágenes icónicas o lingüísticas y enhebra una red de significados, compartidos colectivamente, que cada sociedad utiliza para pensar sobre sí misma (que es lo mismo que sobre los otros, generalmente por oposición). Siguiendo a Cornelios Castoriadis.

Por su parte, las representaciones colectivas, con Durkheim, Vovelle (historia de las mentalidades) o Moscovici, entre otros muchos como Dense Jodelet, radican en designar una forma de pensamiento social, modalidades de pensamiento práctico orientados hacia la comunicación, comprensión y dominio del entorno social, material e ideal.

En el caso de América, los imaginarios y representaciones afloran por doquier, como lo fabuloso y novedoso, lo antiguo trasvasado a lo nuevo por descubrir. La apropiación cultural está presente desde 1492, como el mestizaje biológico o el sincretismo como paradigmas.

Empecemos por el principio. En el *Diario* de Colón, el navegante se dirige a los Reyes Católicos como “Príncipes Amadores de la santa fe cristiana y acrecentadores de ella, y enemigos de la secta de Mahoma y de todas idolatrías y herejías”. Palabras muy operativas por la fecha, próxima la toma de Granada. Ya está planteada la dinámica amigo/enemigo, base política según el filósofo Carl Schmitt. Amin Maalouf desarrollará

polémicamente el tema en *Identidades asesinas* o el por qué la afirmación del uno significa la negación del otro.

Veamos algunos ejemplos señeros en secuencia cronológica, como gustamos los historiadores. Hernán Cortés, en sus *Cartas de relación* al César Carlos, aludía constantemente a los templos mexicas de sus enemigos o tlaxcaltecas de sus aliados, con el nombre de mezquitas: “Otro día de mañana salieron a me recibir al camino con muchas trompetas y atabales (tambores), y muchas personas de las que ellos tienen por sus religiosas en sus mezquitas, vestidas de las vestiduras que usan y cantando a su manera, como hacen en las dichas mezquitas”. Siguiendo ejemplo: “Hay tres salas dentro de esta gran mezquita, donde están los principales ídolos, de maravillosa grandeza y altura, y de muchas labores y figuras esculpidas”. Seguimos: “Yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son mezquitas”. Otro exponente más: “No hay año en que no maten y sacrifiquen 50 ánimas en cada mezquita”. Por último, el templo mayor es la “mezquita mayor de esta ciudad”.

El cualificado cronista-soldado Bernal Díaz del Castillo, maravillado, reitera la identificación de los templos de Tenochtitlan con mezquitas, cuando describe la gran urbe azteca. Los otros son uno (diferente).

La conquista avanza hacia el sur y llega a la Nueva Castilla, futuro virreinato peruano. Francisco de Xerez, sevillano secretario de Francisco Pizarro, nos habla del siguiente tenor: “tienen otras sociedades de sacrificios y mezquitas, a las cuales tienen en veneración [...] sacrifican cada mes a sus propios naturales e hijos, y con la sangre de ellos untan las casas de los ídolos y las puertas a las mezquitas, que son diferenciadas de las otras casas [...] en cada pueblo hacen sus mezquitas al sol (templo de inticancha del Cuzco, por ejemplo)”.

El príncipe de los cronistas, Pedro Cieza de León, cuando descubrió la traza del Cuzco ya hablaba de templos, pues el conocimiento avanzaba y de ahí el reconocimiento. No así en la América fronteriza, donde las “bárbaras naciones” eran equiparadas con los “moros” peninsulares, fueron apaches septentrionales o mapuche-araucanos meridionales.

En todo momento, los cronistas establecieron paralelismos entre aquella tierra ignota y las de una Europa conocida, pues muchos de ellos eran veteranos de los campos de batalla de la Monarquía. En el paisaje primero, en lo cultural después.

Si los anteriores cronistas fijan su atención prioritaria en los aspectos políticos de la conquista, los jesuitas lo harán en los religiosos de la conversión bautismal. El

ignaciano José de Acosta utilizaba profusamente el término “moro” para referirse a los indígenas americanos en su *Historia natural y moral de las Indias*: “matan cualquier res chica o grande, los indios, según ceremonia antigua, es la propia que tienen los moros, que llaman el alquible” Admite un análisis en cotejo. Igualmente, “en muchos de ellos [los indios] hay semejanza de las de la ley antigua de Moisés; y en otras se parecen a las que usan los moros”. Siguiendo ejemplo: “En los lavatorios usaban también los demás que se confesaban con ceremonia muy semejante a la que los moros usan, que ellos llaman el guadoi, y los indios los llaman opacúna”. Por último: “y para esto ayunaban desde la mañana hasta que salía la estrella, y entonces se hartaban y zahoraban (comilona) a usanza de moros”, con ocasión de los sacrificios al Inca.

En el Siglo de la Ilustración se combinaba el elogio del pasado indígena con la visión peyorativa del indio contemporáneo. Un retrato puede servir de ejemplo, pues los asimila a los “perros infieles de la Reconquista” (*Mercurio Peruano*). El periódico ilustrado por antonomasia ofrece muchos ejemplos: “El color pálido y cetrino, como ahumado; los hombros y espaldas cargadas; las piernas y rodillas gruesas y cortas; el sudor fétido, por cuyo olor son hallados de los podencos, como por el suyo los moros de la costa de Granada”. El eminente antropólogo Julio Caro Baroja (*Los moriscos del reino de Granada*), señalaba como el diferente consumo de grasa de cerdo o aceite de oliva de cristianos viejos y nuevos respectivamente, los diferenciaba y con muchas consecuencias sociales y de diversa índole.

La costa de Granada reaparece en los escritos de Domingo José Arquellada, caballero maestrante de Ronda, de la Real Orden de Carlos III, de la Academia de Buenas Letras hispalense y comisario real de guerra, de marina y ministro principal de la provincia de Málaga. Quien elaboró un informe de naturaleza proyectista para acabar con la dilatada guerra de la frontera chilena. En el mismo establecía entre sus remedios el establecimiento de las torres almenaras vigía del litoral granadino frente a los berberiscos norteafricanos y su proyección al Chile austral. Un paralelismo entre musulmanes y araucanos.

Volviendo al *Mercurio Peruano*, se podía leer un elogio de la “Reconquista” así como de la conquista de América (oficialmente pacificación desde Felipe II), pues ambos enemigos eran iguales en ferocidad y vicios. El imaginario atravesó el Atlántico aunando enemigos del altar y del trono en ambos continentes. El otro igualado y siempre desde su paganismo y belicosidad.

Por último, el *Proyecto Económico* de Bernardo Ward (1762), posible plagio de Campillo y Cossío, aludía en el apartado sobre fundaciones pías y pobreza a las habidas “para la enseñanza y conversión de moros y moriscos”, modelo para los indígenas, así como su necesaria revisión por los escasos resultados. Añadía: “los políticos suelen culpar la providencia de la expulsión de moros, moriscos y judíos como una sangría de la Monarquía”, pero “aunque algo debilitado, la dejó sana y libre de principios de corrupción [...] pues al mismo tiempo que se echó del reino esta mala casta, correspondía haber traído de todas las provincias de Europa buenos católicos, para llenar el hueco que dejaron los expulsos”. Desde el siglo XVII y la expulsión de Felipe III (1609), el arbitrista repetirá esta idea.

En el siglo XIX, las tropas acantonadas en la isla meridional de Mindanao, Joló y Palawan, llamaron “moros” a sus feroces e indómitos habitantes. No eran otra cosa que fruto del mestizaje de malayos, árabes, chinos y algo de hispanos. Mítica fue la piratería mora por aquellos mares durante los siglos XVIII y XIX, una vez convertidos al Islam en las centurias XV y XVI.

Los diarios de los soldados y los escritos de oficiales y frailes son prueba de ello. El “moro” ha saltado de la Península Ibérica a Indias y de allí a Filipinas. Siempre es sinónimo de belicoso, de alteridad.

El texto titulado *Costumbres de los indios tirurayes*, de José Tenorio Sigayán, traducido por un jesuita e impreso en Manila en 1892, nos habla de las creencias de los tirurayes en relación con los moros. Un ejemplo literal de lo mismo: “En cuanto a estas gentes que viven en los bosques me ocurre preguntar si dirigen algunas oraciones a Dios: no, no son como los moros”, quienes quedan así dignificados comparativamente. Aunque en otros aspectos sí eran a la manera de los denominados moros. Un texto ilustrativo más: “Los tirurayes, a su decir, han de ir todos al cielo; saben así mismo que existe un infierno; pero dicen que no van a él, ni uno siquiera; que los únicos que van al infierno son los moros, pues, añaden que el Dios de estos es distinto del suyo” (triangulación). Sobre el atuendo, cuestión importante: “todos imitan a los moros en vestir calzón largo y camisa”. Y, al contrario, “otras de las vejaciones que a los tirurayes hacen los moros son, que cuando estos ven a aquellos comer puerco, lo toman como una injuria, y les hacen pagar una multa”. Concluye, “los moros malvados hacen muchas vejaciones a los tirurayes”.

* * *

Cuando la historiografía actual y la coetánea no prestaron atención al tema de los moriscos en Indias y a la huella árabe en el Nuevo Mundo se hace precisa una reflexión de tal fenómeno en su coordenada cronológica y en la actualidad, sobre las motivaciones de su abandono en el pensamiento histórico.

A decir de la malagueña María Zambrano, egregia discípula de Ortega y Gasset, los españoles vivimos de espaldas a nuestra historia: “A qué negar que los españoles, vueltos de espaldas como estábamos, a nuestro propio ser, lo estábamos también hacia América [...] Enajenados de nosotros mismos, teníamos que estar enajenados de América” (*La tierra de Arauco*, a P. Neruda).

Es momento de revertir la marea en toda su complejidad. Discerniendo la América real de la mágica, como narra la profesora Mercedes Suárez. Hay meritorios estudios comparativos, necesarios de continuidad. Principalmente los de García Bernal, *Moriscos e indios. Para un estudio comparado de métodos de conquista*, con un enfoque político. Y con una dimensión más cultural, los trabajos de Antonio Garrido Aranda, *Moriscos e indios. Precedentes hispanos de la evangelización en México*, así como también del mismo autor: *El morisco y la Inquisición novohispana. Actitudes anti-islámicas en la sociedad colonial*.